

EL LEGITIMISTA

PERIÓDICO CATÓLICO-MONÁRQUICO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En toda España TRES meses. 2 pesetas
Extranjero.—Unión Postal UN año. 14 ..
Ultramar y demás naciones, UN año. 12 ..
Números sueltos. 10 cénts.

PAGOS ANTICIPADOS.

«El Catolicismo y el Liberalismo son sistemas de doctrinas y de procedimientos esencialmente opuestos; forzoso se hace, pues, reconocer, aunque cueste y amargue, que no se es íntegramente católico sino en cuanto se es íntegramente antiliberal.»—Sardá y Salvany.—EL LIBERALISMO ES PECADO.—Aprobado por la S. C. del Índice.

CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

Se suscribe: En la administración, Escuelas, 8, Imprenta de "El Progreso Industrial," En Madrid, en la librería de D. Benito Perdiguero, San Martín, 8.
Anuncios: Por una vez 10 céntimos línea; por varias veces reclamos y comunicados á precios convencionales.
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES.

SECCIÓN RELIGIOSA

SANTORAL.

Sáb. 14.—S. Valentin, mr., el beato Juan Bautista de la Concepción, pát. de Almodóvar del Campo y S. Vidal.—Indulgencia plenaria.
Dom. 15.—I de Cuaresma.—(Cuadragésima).—S. Severo, presbítero, Stos. Faustino y Jovita, herms. mrs.—Indulgencia plenaria.
Lun. 16.—Sts. Elías, Isaías, Jeremías, San Julian, San Faustino y Samuel. Indulgencia plenaria.
Mar. 17.—S. Alejo de Falconieri, cfr., S. Julian de Capadoc. y S. Rómulo. A. Indulgencia plenaria.
Miér. 18.—S. Simeón, ob., S. Máximo. San Claudio, San Eladio.—Temp. Ay. Indulgencia plenaria.
Juev. 19.—S. Conrado y S. Gabino.—En Valencia, Nuestra S.ª del Campanar.—I. P.
Vier. 20.—S. León y S. Eleuterio, obs., San Nemesio, Santa Irene, Sta Barbada y Sta Paula, vg.—Temp.—Ay. Indulgencia plenaria.

Valdepeñas 14 de Febrero de 1891.

DISCURSO

LEÍDO POR EL

Señor Don Salvador Elío

EN LA SESIÓN INAUGURAL DEL CÍRCULO CARLISTA.

Señores: Me cabe la insigne honra y la gran satisfacción de presidir la inauguración del Círculo carlista de Pamplona. Como en toda clase de Sociedades de este género ha habido dificultades que vencer, intereses que conciliar; pero todo ha sido allanado satisfactoriamente, y hoy es un hecho la existencia del Círculo, con la aprobación de la autoridad competente, y hoy puedo deciros que desde este momento queda inaugurado el Círculo carlista de Pamplona.

Ahora, señores, permitidme que ocupe vuestra atención por algunos momentos para explicaros cuál es la significación y cuál la misión de este Círculo y la de todos los Círculos carlistas de España.

Decía Napoleón I en los comienzos del presente siglo que al cabo de cien años la Europa entera sería ó cosaca ó republicana, lo primero, porque temía que el poderío de Rusia llegase á tal altura y alcanzara tal fuerza que sometería á su Imperio todas las naciones de Europa. Han transcurrido próximamente los cien años que señalaba Napoleón, y la primera parte de su predicción no ha sucedido y hoy es imposible que suceda.

Pero queda la segunda parte, ó sea que la Europa toda llegue á ser republicana. Esto, señores, tampoco ha sucedido todavía. Aún existen Imperios y Monarquías, pero los tronos que ocupan los emperadores y reyes están minados en sus cimientos, que al menor soplo revolucionario pueden derrumbarse, como lo hemos visto en nuestros días en Francia, en España y muy recientemente en el Brasil, y esto procede de que la mayor parte de esas monarquías son constitucionales, son como los castillos de naipes que edifican los niños, tan débiles, que un leve soplo los echa por tierra.

Y esto, señores, consiste en que no son aquellos tronos antiguos, cobija los á la sombra de la cruz y sostenidos por el amor del pueblo. Hoy se sientan en esos tronos reyes que reinan y no gobiernan; pero en cambio reinan de hecho y gobiernan ocho ó diez personajes que se llaman ministros responsables y comparten la soberanía con otras 600 ó 800 personas que se sientan en los escaños del Senado y del Congreso, y como no toca á cada uno de esos reyezuelos más que una pequeña partícula de soberanía, por ser tan pequeña, quieren utilizarla para sus intereses personales.

¡No son éstos, señores, nuestros antiguos monarcas!!!

Aquellos reinaban y gobernaban pero gobernaban

rodeados de los ilustres procuradores del Reino que no iban á las Cortes á pronunciar floridos discursos, sino á decirle al rey la verdad, á poner delante de sus ojos las necesidades del pueblo y proponerle los medios de satisfacerlas.

¿Qué duda hay, señores, que alguno de aquellos monarcas podía abusar hasta cierto punto de su autoridad? Indudablemente que lo podía hacer, pero aquellos monarcas no tenían hermanos ni sobrinos que colocar, no tenían que satisfacer ambiciones de caciques, ni pagar los servicios que estos hubieran prestado, como acontece hoy con los reyezuelos que he mencionado antes, que por fuerza tienen que recompensar á todos aquellos que han contribuido á su triunfo en las urnas electorales.

Aquellos grandes monarcas no tenían que ocuparse del engandecimiento de sus personas, porque ocupaban el pináculo del poder y de la fortuna, no tenían necesidad de distraer su atención para contentar á unos, halagas á otros y podían dedicarse exclusivamente á estudiar las necesidades del pueblo cuyo gobierno les estaba confiado, y buscar los medios de hacer su felicidad. Esta es la monarquía que nosotros queremos la monarquía tradicional.

Veamos ahora si es posible restablecer esta monarquía.

Existen hoy, señores, en Europa dos banderas. La bandera de la revolución, la bandera roja, cuyo triunfo significaría la destrucción de todo lo existente: Religión, culto, familia, propiedad, y si sus secuaces pudieran destruirían el mismo Dios y despues de destruido todo vendría el caos, porque son muy aptos para destruir, pero impotente para edificar.

Enfrente de la bandera roja ondea la bandera de las monarquías tradicionales.

Peró no me ocuparé de lo que acontece en otras naciones, me limitaré á hablar de España.

Aquí también existen esas dos banderas. Hace pocos años puede decirse que era desconocida la bandera roja en España; pero hoy no se puede negar su existencia, y la patentizan esas reuniones de los socialistas, en las que se pronuncian violentos discursos, que revelan cuáles son sus proyectos y al mismo tiempo dan á conocer lo que han cundido las doctrinas deletéreas de la revolución; y cuando el cancer que destruye el cuerpo social ha hecho tales progresos, no conviene ocultarlo, sino por el contrario ponerlo de manifiesto y buscar el medio de estirparlo.

Enfrente de esa bandera de destrucción se levanta la bendita bandera de la monarquía tradicional que lleva por lema las mágicas palabras Dios, Patria, Rey.

Esta es nuestra bandera, es la misma que guió á nuestros antepasados, que á su sombra realizaron tales hazañas, y elevaron el nombre español á tal altura, que era el asombro del mundo entero y llegó á ser la gloria de España de tal magnitud, que no bastando el mundo conocido para contenerla, fuese á descubrir nuevos mundos, donde, pudiera haber y el nombre de Viva España resonó en aquellos inmensos territorios que hoy se llaman América y Filipinas y otros, y entonces es cuando con razón se decía que el Sol no se ponía nunca en los dominios del Rey de España. Y allí llevamos la Cruz: allí llevamos la luz del Evangelio, y con ellos la civilización.

¿Qué diferencia, señores, de aquellos tiempos á los tiempos actuales!!! Entonces no se movía en Europa un soldado, no surcaba los mares una nave sin el conocimiento, y aún podrá decir, sin el consentimiento del Rey de España.

Hoy, señores, hasta los moros del Riff se atreven con nosotros. Hoy cuando se ventilan asuntos europeos, casi nadie se acuerda de que en el mapa de Europa hay una nación que se llama España.

Decía, señores, que enfrente de la Bandera de la revolución, de la Bandera Roja, ondea la Bandera de la monarquía tradicional.

Aquella quiere destruir todo lo existente. Esta, por lo contrario, quiere restablecer todo lo que hizo la grandeza de España: quiere que haya un Monarca que restableciendo la Unidad Católica que nos han arrebatado manos impías, sea el padre de sus súbditos y reine y gobierne con aquellas venerandas leyes, que hicieron la felicidad de nuestros antepasados. Un Rey que se vea rodeado de omes sabidores, é entendidos,

é leales, é verdaderos, que le ayuden, como dice la ley 3.ª, tit. 1.º de la 2.ª Partida. Un Rey que no sea un Cesar, sino el Padre de los Pueblos que Dios ha confiado á su cuidado.

Pues bien, señores; dada la innegable existencia de estas dos banderas, cuando llegue el día de la prueba, cuando presenciemos el estallido de la revolución liberticida, de esa revolución que ha de venir indefectiblemente en un plazo más ó menos corto, porque es preciso estar ciego para no verla venir, cuando llegue ese día, repito, ¿quién puede oponer un dique á la invasión revolucionaria? ¿Quién puede mantener enhiesta la bandera tradicional española que se ha de oponer á los desmanes de la revolución?

En vuestros labios veo la respuesta. En España no hay más que la comunión católico monárquica, no hay más que el partido carlista que tenga la voluntad y la fuerza que se necesitan para defender la bandera de Dios, Patria, Rey, y con ella rechazar la invasión revolucionaria.

El partido carlista, que en otro tiempo se llamó realista, porque desde el año 1833 se denomina carlista, porque desde entonces su caudillo ha sido siempre un Carlos.

Carlos V, Carlos VI, Carlos VII. Los dos primeros muertos en tierra extranjera por no haber querido transigir con la revolución; el tercero, también desterrado en tierra extraña por la misma razón, vedlo ahí en efigie, contemplad ese rostro varonil, mirad en esa noble frente marcados todos, los rasgos de la realza, y cuando ha dicho que él matará á la revolución, es porque cuenta para ello con la cooperación, con la abnegación y con el esfuerzo de los valientes y leales carlistas, y puede contar con ellos. Y los carlistas que tienen por caudillo tan noble y esforzado Príncipe, son los únicos depositarios, los defensores, los campeones de la bandera genuinamente católico-monárquica.

Por esto, señores, todo el empeño de la revolución es aniquilar al partido carlista. Todo lo han empleado para conseguirlo: cadalsos, presidios, confiscaciones, apostasias, traiciones; todos los resortes se han tocado para conseguir aquel fin, pero todo ha sido estéril en resultados; y si por efecto de los terribles medios que se han empleado ha podido haber momentos de desfallecimiento entre algunos carlistas, bien pronto se ha operado una enérgica y entusiasta reacción, y se ha patentizado que nada es capaz de destruir el vigoroso partido carlista español, y hoy lo estamos viendo prácticamente.

Sí, señores, vosotros habéis visto y muchos habéis sido víctimas de los medios de destrucción empleados contra el partido que defiende la bandera salvadora de la patria, y yo, aunque el último entre sus defensores, puedo citar un ejemplo bien elocuente en mi familia, que prueba que no es de hoy el odio de la revolución contra aquella bandera.

El ilustre general D. Francisco Javier Elío, gloria de las armas españolas en ambos mundos, capitán general de Valencia, murió en un catalán en aquella capital, como un vulgar criminal. Y ¿sabéis cuál fué su delito? El haber sido fiel á su Dios, á su Patria y á su Rey. El haber defendido esa bandera, que ha sido siempre la enseña de las tradiciones españolas, en cuya defensa nuestros abuelos hicieron todo linaje de sacrificios, y en cuya defensa ¿por qué no decirlo? muchos de vosotros habéis derramado vuestra generosa sangre, y otros han sacrificado sus fortunas, su bienestar y el de sus hijos, siendo cierto que en todas nuestras familias y en todas las familias de los carlistas navarros hay un mártir que llorar ó un héroe que glorificar. Y esos grandiosos ejemplos han sembrado en Navarra una semilla que nunca perecerá, y dará, cuando sea necesario, opimos y abundantes frutos.

Tan sobrepujante constancia prueba lo grandioso de la causa que defendemos, y digo que defendemos, porque si bien los que cargados de años y debilitadas nuestras fuerzas físicas é intelectuales no podemos servir más que de ejemplo y de guía; ahí está esa vigorosa, valiente, leal y entusiasta juventud, que ha heredado las ideas, el valor, la constancia y la abnegación de tantos héroes como cuenta esta bendita tierra y el recuerdo de D. Santos Latrón, de Elío, de